

1^a parte Antigüedad

Los primeros impresores vivieron hace 30.000 años. Se cubrían con pieles, cazaban para comer y habitaban en cuevas. Como todos los seres vivos disponían de una rudimentaria comunicación basada en gestos y sonidos. Como seres humanos disponían de la inteligencia y la inquietud para trascender esa mera comunicación animal: dejarán huella de manera consciente de sus miedos, de sus inquietudes, de sus deseos en las paredes de las cavernas que tenían por hogar –Altamira, Lascaux, Tito Bustillo...– Aquí encontramos, en los inicios de la humanidad, las bases ciertas de nuestra industria: una claro deseo de comunicar, unos soportes de impresión –las propias rocas de las paredes–, unas tintas –sangre y grasa de animales, tierras y jugos de plantas– e incluso las formas impresoras, las más nobles, –sus propias manos– utilizadas, no al azar, sino deliberadamente, proporcionando la prueba segura de la humanidad de los seres que allí habitaron.

3.000 años antes de Cristo ya existían florecientes culturas en torno a valles fértiles en varios lugares del mundo. Estas protoculturas, dada su creciente complejidad, manifiestan necesidades crecientes de comunicación y así, deben inventar técnicas que les permitan transcribir sus pensamientos y sonidos –la base inicial de toda comunicación– a símbolos escritos sobre soportes cada vez más manejables.

Estos soportes se consiguen del entorno: arcillas, plantas, cortezas de árboles, pieles de animales... todo vale con el fin de reflejar y mantener una información cada vez más compleja. Así, en Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Eufrates, y más concretamente en Sumer, se desarrolla una primera escritura basada en pictogramas que a su vez generará la escritura cuneiforme, presente en una gran cantidad de documentos de aquella época escritos sobre tablillas de arcilla.

De esta fecha citada, en torno al 3.000 a.C. también datan las primeras inscripciones jeroglíficas egipcias, así como distintas manifestaciones escritas en el valle del Indo, en Oriente. Precisamente es en Egipto donde el papiro se constituye como el primer soporte universal durante un buen período de tiempo. Este soporte será ampliamente utilizado por la civilización asentada en torno al Nilo y servirá en siglos muy posteriores para fijar la prodigiosa producción cultural grecolatina.

El pergamino, un soporte obtenido en Pérgamo en el siglo II a.C. a partir de la reelaboración de un soporte ancestral –las pieles de los animales– se convertirá en competidor del papiro dadas las dificultades de aprovisionamiento de este último en la época posterior al desmembramiento del imperio de Alejandro. Este soporte, en muchas de sus características, más completo que el papiro, favorece que el códice se establezca definitivamente como formato estándar de libro frente al formato rollo asociado al papiro que se había mantenido durante siglos y entre diferentes culturas.

Se ha constatado ya en esta época tan temprana el uso de sellos en relieve, los cuales manchados de tinta o presionados sobre materiales moldeables, reproducían la figura tallada a modo de estampado en seco. Ejemplo notable es el Disco de Festos, hallado en Creta, pero sin origen confirmado, datado en torno al 1.700 a.C. y que por lo tanto podría ser considerado el primer documento impreso –de manera consciente– por el ser humano.

En el segundo milenio a.C., en la ribera oriental del mediterráneo, la tribu de los cananeos usa un nuevo método de escritura con un alfabeto de unas 27 letras derivado de la escritura cuneiforme denominado alifato. Este alifato será adoptado y reinterpretado por los fenicios y servirá de base a alfabetos

posteriores ya que su expansión se garantiza mediante los contactos comerciales que realizan por todo el mediterráneo. En torno al año 1.000 a.C. este alifato se ha adoptado y transformado en alfabeto con la incorporación de vocales en Creta y en la península helénica. También en la península itálica en el 700 a.C. se utiliza un alfabeto emparentado con estos alfabetos originarios griegos, el etrusco, del cual derivará con las debidas adaptaciones, el latín.

En el año 105 d.C. en el territorio de la China actual, a partir de fibras de origen vegetal, se inventa el papel. Este invento atribuido a T'sai Lun tendrá una enorme trascendencia en el futuro en todo el mundo pero su uso quedará restringido durante siglos al territorio chino. Serán los árabes en el año 751 en sus incursiones hacia Oriente, los que conseguirán a través de esclavos chinos –en la mítica Samarkanda–, el secreto de su elaboración y lo transmitirán al mundo cristiano en los avatares posteriores.

Las tintas que se utilizan durante este periodo que estamos comentando, no difieren en mucho de los primeras tintas que hemos mencionado al principio de este artículo ni de las que mencionaremos al final de esta serie: pigmentos que proporcionan el color, resinas que fijan los pigmentos a los soportes, disolventes que diluyen las resinas y permiten una mejor aplicación...cambia la tecnología, se amplían las posibilidades, surgen nuevas opciones...pero la esencia permanece.

Están sentadas las bases, falta la tecnología pero poco importa, el devenir de la humanidad a veces se demora, a veces se acelera, las condiciones se deben establecer, lo que en un contexto fracasa en otro triunfa. Esto es lo que ocurre y así debe ser. En un momento dado, todo confluye, en una inquieta región del mundo parece ser que un tal Johann Gensfleisch realiza ciertos experimentos. Pero esa es otra historia...